

### REENCUENTRO CON CARLOS ENRÍQUEZ *POR AGUSTIN GUERRA*

La muerte vá dejando una estela en el alma cual si fueran espinas que el camino va sembrando en nuestras carnes. De repente, un fortuito acaso nos pone mano a mano cuanto un día en la distancia dejamos atrás ¡Así ha sido mi reencuentro con Carlos Enríquez!... La muerte hasta entonces triunfadora quedó ridiculizada. Ante nosotros volvía a discurrir el fabulista Carlitos con toda la arrogancia que la buena bohemia le había creado en un halo de circunstancias excepcionales. Corría el año mi! novecientos cuarenta y cuatro cuando hicieron una visita a Manzanillo atraídos por la magia de Juan F. Sariol, llevando con nosotros una exposición del Arte Contemporáneo a la ciudad de fastos históricos. Por aquellas calles en que un día discurrieron los Céspedes, los Masó, los Merchán, y por donde cantara su bohemia José Manuel Poveda, discurrimos nosotros con nuestra fiebre de horizontes. Bojeamos el Guacanayabo, hasta anclar un día en predios por donde apareció Rowan con su disimulado mensaje a García. Estábamos en el Pílon, cabe la Ensenada de Mora, muy próxima al Cabo Cruz. Allí tremolaba sus sueños ese gran caballero criollo que es el Dr. Manuel Sánchez Silveira. Para nosotros el querido Manuel, a cuyo encuentro enfilábamos los pasos presintiendo lo que después ha sido firme vínculo de amistad sin regateos. Allí, y en aquella ocasión Carlos no pudo prescindir de ser quien era, batiéndose con los aires de la Montaña. Contemplando junto a los cocales el mar singular de la Ensenada de Mora; bebiendo su ron con el desenfado de un buen catador. Corrió por la montaña. Se bañó de luz contemplando el valle de Vicana. Dijo a voleo sus punzantes ocurrencias. Y pintó. Pintó lo que quiso y como quiso. Sin dejar de ser lo que era. Un gran pintor. Una mañana en que yo agonizaba de una enterocolitis en un cuartucho de un barracón, mal llamado Hotel, Carlos marchó a la orilla

de la playa cubierta de corales y a su sombra entregóse a pintar cuanto sus ojos golosos captaban. Cuando regresó yo pude observarle tambaleante y jocundo. A la caída de la tarde conocí el secreto de lo que había pasado. Un grupo de jóvenes, empleados de la administración del Ingenio, se aseaban en los baños contiguos cuando alcancé a oír que uno preguntaba ¿Ya se fueron los poetas de la Habana?, y una voz más plá respondió: «Uno de ellos pintaba esta mañana junto a la marina y por cada pincelada se daba un “chicotazo” y cuando la bebida se le r.cabo se tomó el agua de la pintura». Estaba usando aguada, lo que pinta gráficamente al hombrecillo de carne enjuta y melena como penacho de palmera que fué Carlos Enríquez.

Una noche fuimos invitados por el Dr. Sánchez Silveira a compartir su mesa, de la que no disfruté por lo de la «entero-colitis», y allá fueron Juan F. Sariol y Carlos a gustar de los succulentos manjares con que suele regalar a sus huéspedes nuestro querido doctor. Regresaron tarde en la noche y cuentan que Carlos usó con liberalidad de aquel pintoresco lenguaje que sólo a él he sabido que se le permitiera. Decía con espontaneidad las cosas más bárbaras y descabelladas, sin parar mientes en los más abundosas y picarezcas referencias. Al filo de la media noche con los vapores etílicos chispeándole en la mirada le hizo un dibujo a pluma al Dr. Sánchez en que reveló su señorío de retratista y dibujante.

En el mes de mayo de este año de su desaparición he regresado al Pílon en visita al querido amigo Dr. Sánchez cuando de repente me salta al camino Tilín, con su amazona de Renacimiento. Chispeante la mirada, la cabellera revuelta, jinete en brioso corcel, que me gritaba en un recodo de la montaña: ¡Bienvenido Don Quico! ¡Bienvenido! Y desapareció entre el vaho caliginoso de la Sierra Madre. De la Sierra Maestra. Pensé: «ahorita regresa» Y a ún lo estoy esperando...

Víbora, Oct. 57<sup>1</sup>